

suerte de estos dos esposos, y les hizo levantar una tumba, donde se confundieron sus cenizas.



CAPITULO XL.

VIAGE A MESENIA.

Salimos de Escilonte, y despues de haber atravesado la Triflia, llegamos á las orillas del Neda, que separa la Elide de la Mesenia.

Con designio de recorrer las costas de esta última provincia, nos embarcamos en el puerto de Ciparisia; y al dia siguiente llegamos á Pilos, situada al pie del monte Egaleo. Las naves hallan un abrigo seguro en su rada, casi enteramente cerrada por la isla Esfacteria. Las inmediacio-

nes no ofrecen por todas partes mas que bosques, rocas escarpadas, un terreno esteril, una soledad profunda. Los Lacedemonios, dueños de la Mesenia durante la guerra del Peloponeso, las habian abandonado absolutamente; pero habiéndose apoderado de ellas los Atenenses, se dieron prisa á fortificarlas, y rechazaron por mar y tierra las tropas lacedemonias y sus aliadas. Desde esta época, Pilos, del mismo modo que los demas sitios donde se han degollado los hombres, excita la curiosidad de los viajeros.

Nos enseñaron una estatua de la Victoria, que habian dejado allí los Atenenses, y pasando de aquí á los siglos antiguos, nos decian que el sabio Nestor habia gobernado esta comarca: por mas que quisimos hacer ver, que, segun Homero, reinaba Nestor en la Trifilia, no nos dieron mas respuesta, que enseñarnos la casa de este principe, su retrato y la gruta donde encerraba sus bueyes. Quisimos insistir; pero pronto nos convencimos, de que los pueblos y los particulares, orgullosos de su origen, no siempre quieren que se examinen sus títulos.

Continuando lamiendo la costa hasta el centro del golfo de Mesenia, vimos en Metona* un pozo de agua naturalmente impregnada de particulas de pez, que tiene el olor y color del

Hoy Modon.

bálsamo de Cízico; vimos en Colónides* unos habitantes que, sin tener ni las costumbres ni, la lengua de los Atenenses, pretenden ser descendientes de este pueblo, porque cerca de Atenas hay un lugar llamado Colona; mas lejos un templo de Apolo tan célebre como antiguo, adonde vienen los enfermos á buscar, y creen hallar la salud: mas adelante la ciudad de Coronea, recientemente edificada por orden de Epaminondas; en fin, la embocadura del Pami-so, por donde entramos á todo trazo, porque las naves pueden subir por él hasta diez estadios**.

Este rio es el mayor de los del Peloponeso, no obstante que desde su nacimiento hasta el mar solo se cuentan cien estadios***. Su curso es corto, pero distinguido, por recordar la idea de una vida breve, y llena de dias hermosos. Parece que sus aguas cristalinas no corren sino para la felicidad de todo cuanto le rodea. Los mejores peces del mar vienen á él en todas las estaciones; y por la primavera van siempre á desovar en él.

Al tiempo que abordábamos, vimos unos barcos de muy rara construccion, que navegaban á remo y vela. Acercáronse, y saltaron en tierra

* Hoy Coron.

** Mas de un cuarto de legua (1,322 pasos de España).

*** Cerca de tres leguas y tres cuartos (mas de 3 leguas y cuarto de España).

múchos pasajeros de toda edad y sexó, que hincándose de rodillas, exclamaron: ¡ feliz, mil veces feliz el día que cumple nuestros deseos! ¡ Te regamos con nuestras lágrimas, tierra amada, poseída en otro tiempo por nuestros padres; tierra santa, que cubres las cenizas de nuestros padres! Yo me acerqué á un anciano, que se llamaba Xenocles, y parecia ser el gefe de aquella muchedumbre, al cual pregunté, que quiénes eran, y de donde venian. Aquí veis, me respondió, los descendientes de aquellos Mesenios, á quienes la barbarie de Lacedemonia obligó en otro tiempo á dejar su patria, y guiados por Comon, uno de nuestros abuelos, se refugiaron á las extremidades de la Libia, en un país que no tiene trato con los Griegos. Hemos ignorado por largo tiempo, que Epaminondas habia dado quince años hace la libertad á la Mesenia, y llamado á sus habitantes. Cuando lo supimos, nos detuvieron obstáculos invencibles. La muerte de Epaminondas suspendió otra vez nuestro regreso; y al fin, venimos á gozar de sus beneficios.

Nosotros nos juntamos con estos extrangeros; despues de haber pasado por llanuras fértiles, llegamos á Mesena, que está situada como Corinto al pie de un monte, y es como esta, uno de los baluartes del Peloponeso,

Las murallas de Mesena son de piedra labra-

da, coronadas de almenas, y flanqueadas de torres*, mas fuertes y mas altas que las de Bizancio, de Rodas, y demas ciudades de Grecia, y abrazan en su circuito el monte Itomo. Vimos en lo interior una plaza espaciosa, adornada de templos, estatuas, y de una fuente abundante. Por todas partes se levantan edificios hermosos; y por estos primeros ensayos, se podia juzgar de la magnificencia que Mesena ostentaria en adelante.

Los nuevos habitantes fueron recibidos con suma distincion y agasajo; y al día siguiente fueron á ofrecer sus homenajes al templo de Júpiter, situado sobre la cima de la montaña, en medio de una ciudadela, que reúne los recursos del arte á las ventajas de la posicion.

El monte es de los mas altos, y el templo de los mas antiguos del Peloponeso: aqui es donde, segun dicen, las Ninfas cuidaron de la infancia de Júpiter. La estatua de este dios, obra de Ageladas, está depositada en la casa de un sacerdote, que ejerce el sacerdocio por un solo año, y lo obtiene por eleccion. El que le ocupaba entonces se llamaba Celeno, y habia pasado en Sicilia la mayor parte de su vida.

En este mismo día se celebraba en honor de

* Hace treinta y ocho años, que subsistian todavia cincuenta torres de estas. Las vió M. Fourmont.

Júpiter una fiesta, á la que concurrían todos los pueblos de las inmediaciones, y de las provincias vecinas. Las faldas del monte estaban cubiertas de hombres y mugeres, que venían con ansia de subir á la cima. Nosotros presenciábamos las ceremonias santas, y asistimos á los combates de música, instituidos muchos siglos antes. La alegría de los Mesenios de Libia ofrecía un espectáculo tierno, cuyo interes se aumentó con una circunstancia imprevista. Celeno el sacerdote de Júpiter, vino en conocimiento de que el gefe de una familia de estos desgraciados, era hermano suyo, y no podía separarse de sus brazos. Recordaron las circunstancias funestas que los separaron en otro tiempo; y nosotros pasamos algunos dias con estos dos respetables ancianos, y con muchos de sus parientes y amigos.

Desde la casa de Celeno se descubria toda la Mesenia, y se presentaban sus limites por espacio de ochocientos estadios *. La vista se extendía por la parte del norte sobre la Arcadia y la Elide; por la del oeste y el sur sobre el mar é islas vecinas; y por la del este sobre una sierra de montes, que con el nombre de Taigeto, separan esta provincia de la Laconia; y descansaba luego en la perspectiva encerrada en este

* Treinta leguas y cuarto (26 leguas y media de España).

recinto. A diferentes distancias se nos presentaban ricas campiñas, cruzadas de colinas y arroyos, y cubiertas de rebaños y yeguas, que constituyen la riqueza del pais. Yo dije entonces: en el corto número de cultivadores que hemos visto en el camino, conozco que la población de esta provincia, no es proporcionada á su fertilidad. No lo atribuyais, respondió Xenocles, sino á los bárbaros, cuya vista odiosa nos impiden aquellas montañas. Por cuatro siglos enteros los Lacedemonios han assolado la Mesenia, y dejado en patrimonio á sus habitantes, la guerra ó el destierro, la muerte ó la esclavitud.

Nosotros no teníamos mas que una leve idea de estas revoluciones funestas: Xenocles lo conoció, y gimió; y dirigiéndose á su hijo, le dijo: toma tu lira y canta las tres elegias, que se han conservado en mi familia, compuestas las dos primeras por Comon, y la otra por Eucletes mi padre, para aliviar su dolor, y perpetuar la memoria de los males que habia sufrido vuestra patria *. Obedeció el joven, y empezó de esta manera.

* Pausanias habló largamente de estas guerras, siguiendo á Miron de Priena, que habia escrito en prosa, y á Riano de Creta, que escribió en verso. A imitación de este último, he creído que podía yo emplear un estilo, que se acercase á la poesia; pero en lugar de que Riano habia hecho una especie de poema, cuyo he-

ELEGIA PRIMERA.

Sobre la primera guerra de Mesenia *.

Desterrados de la Grecia, extrangeros en los demas pueblos, ningun vínculo teniamos con los hombres, sino el de la compasion esteril que alguna vez se dignaban conceder á nuestras desdichas. ¡ Quién hubiera dicho, que despues de andar errantes tanto tiempo sobre las ondas, habiamos de llegar al puerto de las Evespérides, en una comarca que la naturaleza y la paz enriquecen con sus dones preciosos? Aquí la tierra, colmando los deseos del labrador, da cien ve-

roe era Aristómenes, he preferido la forma de elegía, que no exigía una accion como la epopeya, y que otros autores antiguos han elegido para bosquejar las desgracias de las naciones. Así es como Tirteo en sus elegías descubrió parte de las guerras de los Lacedemonios y Mesenios; Calino las que en su tiempo afligieron á los Jonios: Mimnermo la batalla que los Esmirneos dieron á Giges, rey de Lidia.

Atendidas estas consideraciones, he supuesto que los Mesenios refugiados á Libia, acordándose de los desastres de su patria, habian compuesto tres elegías, sobre las tres guerras que la asolaron. He referido los hechos principales con la mayor exactitud posible; y me he tomado la libertad de mezclar algunas ficciones, sobre lo que espero indulgencia.

* Esta guerra tuvo principio en el año 745 antes de J. C., y se acabó el año 723 antes de la misma era.

ces el grano que se ha depositado en ella: los arroyos apacibles serpentean por la llanura, al lado de un valle sombrío, poblado de laureles, mirtos, granados y de toda especie de árboles: mas allá hay arenales ardientes, pueblos bárbaros, y animales feroces; pero nada hay que temamos: no hay entre ellos Lacedemonios.

Los moradores de este hermosísimo asilo, apiadados de nuestros males, nos han ofrecido generoso amparo; pero el dolor va consumiendo nuestros dias, y nuestros débiles placeres aumentan la amargura de nuestro pesar. ¡ Ay, cuántas veces vagando por estos deliciosos vergeles, han corrido mis lágrimas, al acordarme de la Mesenia! Venturosas orillas del Pamiso, augustos templos, bosques sagrados, campos regados tantas veces con la sangre de nuestros abuelos; no, jamas os olvidaré. Y vosotros, feroces Esparciatas, yo os juro, en nombre de los cincuenta mil mesenios que habeis dispersado sobre la tierra, un odio tan implacable como vuestra crueldad: os lo juro en nombre de sus descendientes, y en nombre de los corazones sensibles de todos los siglos y de todo el universo.

Desventuradas reliquias de tantos heroes sin ventura, ¡ ojalá que mi canto, imitando al de Tirteo y de Arquiloco, resuene incesantemente

en vuestros oídos, como la trompeta que da la señal al guerrero, ó como el trueno que priva de dormir al pusilánime! ; Ojalá que poniendo ante vuestros ojos, de día y de noche, las sombras amenazadoras de vuestros padres, deje en vuestras almas una herida que mane sangre de día y de noche!

Vivian los Mesenios por muchos siglos, en profunda tranquilidad, en una tierra que bastaba á sus necesidades, al influjo apacible de un cielo continuamente sereno, libres, con leyes sábias, con costumbres sencillas, con reyes que los amaban, y con fiestas risueñas, que eran el desahogo de su trabajo.

De improviso, la alianza que los tenia unidos con los Lacedemonios, recibió agravios fatales: unos á otros se acusan: los ánimos se exasperan, las amenazas suceden á las quejas: la ambicion, que hasta entonces habian tenido encadenada las leyes de Licurgo, ve el momento de romper la cadena, llama á voces á la injusticia y la violencia, se insinúa con esta comitiva infernal en el corazon de los Esparciatas, y hace que juren sobre los altares, no deponer las armas hasta haber avasallado la Mesenia. Ufana con tal triunfo, los lleva á una de las cimas del monte Taigeto, y mostrándoles desde allí los ricos campos que se ofrecian á sus ojos, los introduce en una fortaleza que pertenecia á sus

antiguos aliados, y era el valladar de los dos imperios.

Al llegar esta nueva á los oídos de vuestros abuelos, que no sabian sufrir una afrenta, corrieron todos al palacio del rey. Eufaes ocupaba entonces el trono: oyó el parecer de los principales de la nacion, y su boca era el órgano de la sabiduria: excita el ardor de los Mesenios, pero lo suspende hasta que sea tiempo de emplearlo con seguridad del éxito. Años enteros no bastaron para que un pueblo, dado en extremo á las delicias de una larga paz, se acostumbrase á la disciplina: y en este tiempo aprendió á mirar con serenidad arrebatarle sus mieses los Lacedemonios, y á hacer algunas correrías en la Laconia.

Dos veces pareció que se acercaba el momento de la venganza; dos veces las fuerzas de ambos Estados contendieron entre sí; pero la victoria no se atrevió á poner fin á esta gran contienda, y su indecision aceleró la ruina de los Mesenios. Cada dia debilitaban su ejército la pérdida de muchos guerreros, las guarniciones que era preciso mantener en las fortalezas, la desercion de los esclavos, y la epidemia que empezó á desolar la comarca, antes tan floreciente.

En tal apuro, se resolvió atrincherarse sobre el monte Itomo, y consultar el oráculo de Del-

fos. Los sacerdotes, no los dioses, dictaron esta bárbara respuesta: « la salvacion de la Mesenia depende del sacrificio de una doncella de la casa reinante, que ha de elegirse por suerte. »

Las preocupaciones inveteradas, cerraron los ojos para no ver la atrocidad de la obediencia. Traen la urna fatal; la suerte condena á la hija de Licisco, quien al instante la ocultó á la vista de todos, y huyó con ella á Lacedemonia. El guerrero Aristodemo se adelanta al punto, y á pesar del tierno cariño que gemia en lo íntimo de su corazón, presenta su hija al altar; su hija, que estaba prometida á uno de los privados del rey. Acude á su defensa, clama que sin su consentimiento nadie podia disponer de su esposa; y para salvarla llegó al extremo de manchar la inocencia, declarando que el himeneo estaba consumado. El horror de la impostura, el temor de la deshonra, el amor paternal, la salud de la patria, la santidad de su palabra, mil movimientos encontrados agitan con tal violencia el alma de Aristodemo, que no halla alivio sino en la desesperacion. Coge un puñal; su hija cae muerta á sus pies; todos los circunstantes se estremecen. El sacerdote insaciable de crueldades, exclamó: « no es la piedad sino el furor quien ha guiado el brazo del matador: « los dioses piden otra víctima. » Otra víctima,

clamó el pueblo enfurecido, y se arrojó sobre el desdichado amante, que pereciera si el rey no hubiese apaciguado los ánimos, persuadiéndoles que estaban cumplidas las condiciones del oráculo.

Esparta se obstinaba cada vez mas en su proyecto de la conquista, y lo mostraba con hostilidades frecuentes, y con recacuentos sangrientos. En una de estas batallas, murió el rey Eufaes, y le sucedió Aristodemo: en otra, en que varios pueblos del Peloponeso se habian juntado á los Mesenios, quedaron vencidos nuestros enemigos, y trescientos de ellos cogidos con las armas en la mano, bañaron con su sangre nuestros altares.

El cerco de Itomo proseguia con el mismo teson. Aristodemo lo prolongaba con su vigilancia, su valor, la confianza de sus tropas, y el recuerdo cruel de su hija; hasta que por fin hubo oráculos impostores, y prodigios pavorosos que hicieron vacilar su constancia; y desesperando de la salvacion de la Mesenia, se atravesó con su propia espada, y exhaló el último aliento sobre el sepulcro de su hija.

Todavía se defendieron los sitiados por muchos meses; pero perdidos ya sus generales, y la flor de sus soldados; viéndose sin provisiones ni recursos, abandonaron la fortaleza, retirándose unos á las naciones vecinas, y otros á su

antigua morada, en donde los vencedores los forzarón á jurar la guarda de estos artículos: « nada intentareis contra nuestra autoridad: la-
« brareis vuestras tierras, pero todos los años
« nos habeis de traer la mitad del producto.
« Cuando muera el rey, ó alguno de los princi-
« pales magistrados de Esparta, habeis de pre-
« sentaros de luto, así hombres, como muge-
« res.» Tales fueron las condiciones vilipendiosas, que al cabo de una guerra de veinte años, impuso Lacedemonia á vuestros mayores.

ELEGIA SEGUNDA.

Sobre la segunda guerra de Mesenia *.

Vuelvo á salir á la arena, y canto la gloria de aquel heroe, que peleó largo tiempo sobre las ruinas de su patria. ¡Ay! si pudiesen los mortales mudar el orden del destino, sus manos triunfantes hubieran sin duda reparado los ultrajes de una guerra, y de una paz, ambas igualmente odiosas.

¡Qué paz, santos cielos! por espacio de trein-

* Esta guerra empezó el año 684 antes de J. C. y se acabó el año 668 antes de la misma era.

ta y nueve años estuvo siempre agravando el peso de un yugo de hierro, sobre la cabeza de los vencidos, y cansando su constancia con todo género de servidumbre. Sujetos al trabajo penoso, agobiados con el peso de los tributos, que se llevaban á Lacedemonia, forzados á llorar en los funerales de sus tiranos, y sin poder siquiera desahogar su odio, no dejaban á sus hijos mas que desdichas que sufrir, y afrentas que vengar. Los males llegaron á tal punto, que ni los ancianos tenían que temer de la muerte, ni los jóvenes que esperar de la vida.

La vista siempre clavada en la tierra, la levantaron por fin volviéndola á Aristómenes, que descendia de nuestros antiguos reyes, y desde su aurora habia mostrado en su frente, en sus acciones y palabras los rasgos y el caracter de un alma grande. Este principe, rodeado de una juventud impaciente, cuyo valor inflamaba, ó templaba alternativamente, tomó noticias de los pueblos vecinos; y sabedor de que los de Argos y de la Arcadia estaban prontos á darle ayuda, sublevó su nacion, y desde este momento se oyó el clamor de la opresion y de la libertad.

El primer combate se dió en un lugar de la Mesenia, pero el éxito fué dudoso. El valor de Aristómenes brilló de tal manera, que á una voz fué proclamado rey sobre el campo de ba-

talla; honor á que se negó, y á que le daba derecho su nacimiento, y mas todavía sus virtudes.

Puesto al frente de las tropas, intenta atemorizar á los Esparciatas con una accion esclarecida, y depositar en el seno de su capital una prenda del odio que les habia jurado desde su infancia. Marcha á Lacedemonia; entra furtivamente en el templo de Minerva, y cuelga de la pared un escudo, en que estaban escritas estas palabras: « Aristómenes consagra este monumento á la diosa, de los despojos de los Lacedemonios. »

Esparta, con arreglo á la respuesta del oráculo de Delfos, pedia á la sazón á los Atenienses un caudillo para dirigirla en esta guerra. Atenas, que temia contribuir al engrandecimiento de su rival, propuso á Tirteo, poeta oscuro que compensaba lo ridiculo de su figura, y los desaires de la fortuna con un talento sublime, que los Atenienses tenian por una especie de frenesi.

Llamado Tirteo, en ayuda de una nacion guerrera, que al punto le puso en el número de sus ciudadanos, sintió elevarse sus sentimientos, y se abandonó enteramente á su alto destino. Sus cantos inflamados inspiraban el desprecio de los peligros y de la muerte: oyéronlos los Lacedemonios, y volaron á la contienda.

No bastan los colores comunes para pintar la

rabia sanguinaria que animaba á las dos naciones, sino que es preciso crearlos nuevos. Como los fuegos del trueno, cuando caen en los abismos del Etna, y los encienden, el volcan se conmueve y brama, levanta sus ondas hirviendo, las vomita abriendo sus costados, las lanza contra los cielos, ostentando atreverse á ellos; indignado de su audacia el rayo, cargado con nuevos fuegos, que ha bebido en la nube, vuelve á bajar mas veloz que el relámpago, descarga repetidos golpes sobre la cima del monte, y despues de haber hecho saltar en trozos las rocas humeando, impone silencio al abismo, y le deja cubierto de cenizas y de ruinas eternas; así Aristómenes, al frente de los mancebos mesenios, se precipita impetuoso sobre la flor de los Esparciatas, capitaneados por el rey Anaxandro. Sus guerreros, á su imitacion, se lanzan como leones furiosos; pero sus esfuerzos se estrellan contra esta masa inmovil y erizada de hierros, donde se han inflamado las pasiones mas violentas, y de donde salen sin cesar los tiros de la muerte. Cubiertos de sangre y de heridas, desesperan de vencer, cuando Aristómenes, multiplicándose en sí mismo y en sus soldados, obliga á ceder al bravo Anaxandro, y á su formidable escuadron: recorre rápidamente los batallones enemigos, aleja á unos con su valor, á otros con su presencia, los dispersa, los persigue, y los

deja en su campo sepultados en profunda consternacion.

Las mugeres de Mesenia celebraron esta victoria con cánticos que nosotros repetimos todavía. Sus esposos alzaron la frente altiva, y el dios de la guerra imprimió sobre su frente amenazadora la venganza y la audacia.

A ti, diosa de la memoria, á ti te tocaba ahora contar cómo unos días tan claros se cubrieron repentinamente con un denso y sombrío velo; mas tus pinturas no ofrecen por lo comun mas que rasgos informes, y colores apagados: los años no traen á lo presente sino residuos de hechos memorables; al modo que las olas del mar, solamente arrojan á las costas, las reliquias de una nave en otro tiempo dueña de los mares. Oid, jóvenes mesenios, escuchad á un testigo mas fidedigno y respetable: yo le ví, yo oí su voz en medio de aquella noche tempestuosa, que dispersó la flota que yo conducía á la Libia.

Arrojado á las costas desconocidas de la isla de Rodas, yo exclamé: ¡ó tierra! tú nos servirás á lo menos de tumba, y no hollarán nuestros huesos los Lacedemonios. Al pronunciar este nombre fatal, yo ví salir torbellinos de llamas y humo de un monumento fúnebre que estaba á mi lado, y alzarse del fondo de la tumba una sombra que profirió estas palabras: ¿quién es el mortal que viene á turbar el reposo de Aristó-

menes, y á encender de nuevo en sus cenizas el odio que aun conserva contra una nacion bárbara? un mesenio, respondí yo alborozado: Comon, el heredero de una familia enlazada en otro tiempo con la vuestra. ¡O Aristómenes! ¡el mayor de los mortales! ¡con que puedo veros y oiros! ¡Dioses! yo os bendigo por la primera vez de mi vida, por haber traído á Rodas, á Comon y á su desgracia. Hijo mio, respondió el heroe, tú los bendecirás toda tu vida: ellos me habian anunciado tu llegada, y me permiten revelarte los secretos de su alta sabiduria. Se acerca el tiempo en que, semejante al astro del dia, que sale brillante de entre una densa nube, volverá la Mesenia á aparecer en el teatro del mundo con nuevo resplandor: el cielo, por avisos secretos, guiará al heroe que ha de realizar este prodigio; pero el destino nos oculta el momento de la ejecucion. A dios, puedes ya partir. Tus compañeros te esperan en Libia; llévalas estas grandes nuevas.

Detente, sombra generosa, repliqué al momento, dignate añadir á tan dulces esperanzas, consuelos mas dulces todavía. Nuestros padres fueron desgraciados: ¡cuán facil es creerlos culpados....! El tiempo ha devorado los títulos de su inocencia, y todas las naciones propagan unas sospechas afrentosas. Aristómenes vendido, errante solo de ciudad en ciudad, muriendo solo

en la isla de Rodas, es un espectáculo poco honroso para los Mesenios.

— Ve, parte, vuela, hijo mio, respondió el heroe, levantando la voz; dí á toda la tierra, que el valor de vuestros padres fué mas ardiente que los fuegos de la canícula, sus virtudes mas puras que la claridad de los cielos; y si los hombres son todavía sensibles á la piedad, arráncales las lágrimas con la relacion de nuestras desdichas. Escucha:

Esparta no podía sufrir la ignominia de su derrota, y dijo á sus guerreros: vengadme; á sus esclavos, protegedme; á otro esclavo, mas vil que los suyos, cuya cabeza adornaba la diadema: vende á tus aliados. Este era Aristócrates, que reinaba sobre la nacion poderosa de los Arcades, y habia reunido sus tropas á las nuestras.

Acercáronse los dos ejércitos, como dos huracanes que van á disputarse el imperio de los aires. Al aspecto de sus vencedores, buscan en vano los enemigos, en el fondo de su corazon, un resto de valor; y se pinta en sus inquietas miradas el sórdido interes de la vida. Entonces se presenta Tirteo á los soldados, con la confianza y autoridad de un hombre que tiene en sus manos la salud de la patria: brillan sucesivamente á sus ojos pinturas vivas y animadas: la imagen de un heroe, que acaba de repeler al enemigo: la confusa mezcla de voces de alegría y ternura,

que honran su triunfo: el respeto que inspira siempre su presencia: el descanso honroso que goza en su vejez: la imagen, mas tierna todavía, de un joven guerrero, que espira sobre el campo de batalla y de la gloria: las ceremonias augustas, que acompañan sus funerales: los sentimientos y lágrimas de un pueblo entero á vista de su féretro: los ancianos, las mugeres, los niños, que lloran en torno de su tumba: los honores inmortales inseparables de su memoria: tantos objetos y sentimientos, renovados con elocuencia impetuosa, y en un movimiento rápido, inflaman al soldado con un ardor no conocido hasta entonces. Atan al brazo sus nombres y los de sus familias; teniéndose por dichosos si logran un sepulcro distinguido, si la posteridad puede decir un dia al nombrarlos: ¡ estos son los que han muerto por la patria!

Mientras que un poeta fomentaba esta revolucion en el ejército lacedemonio, un rey consumaba su perfidia en el nuestro. Rumores siniestros sembrados por orden suya habian preparado para el envilecimiento á las tropas intimidadas: la señal de la batalla fué la señal de la fuga. Aristócrates mismo los guia por el camino de la infamia; y él es el que abre este camino al traves de nuestros batallones, en el momento fatal en que tenian que sostener los esfuerzos de la falange enemiga. En un cerrar de ojos quedó de-